

RETIRO DE FRATERNIDAD

Con el corazón y la mente vueltos al Señor



EL ESPIRITU DE ORACIÓN Y DEVOCIÓN

“No apagues el Espíritu de oración y devoción “

(Carta Ant.)

Los hermanos, fieles a su profesión, siguen en la oración a Cristo, que tributa la más cumplida acción de gracias al Padre y “está siempre vivo para interceder por nosotros.”

*Siguiendo las huellas de San Francisco, “**hecho todo él no ya sólo orante sino oración**”, los hermanos, removido todo impedimento y pospuesta toda preocupación e inquietud, sirvan, amen, honren y adoren al Señor Dios con corazón limpio y mente pura, “porque conviene orar siempre y no desanimarse”. Pues «tales son los adoradores que el Padre busca»”*

(CC.GG,19,1-2)

La vida de oración y devoción es la primera expresión de nuestro seguimiento de Cristo y debe, por lo mismo, ocupar el puesto más importante en nuestra vida. En efecto, **sin una profunda experiencia de Dios no podemos, como hermanos menores, responder adecuadamente a los que sufren en el mundo, ni a las esperanzas de la familia humana.** Es, pues, necesario redescubrir la dimensión contemplativa de nuestra vocación.

Francisco de Asís fue un hermano y un menor y así quiso que fueran sus hermanos para siempre.

Es también verdad que Francisco, antes que nada fue un «*hombre de oración*», un hombre impresionado por la grandeza y humildad del Señor, y a él se dedicó de por vida porque «*solo al Señor puede servir más en la vida*».

De Francisco y de Clara de Asís, así como de una gran nube de místicos de nuestra tradición franciscana, hemos heredado, sobre todo, el anhelo de Dios; el encargo de conocerlo, amarlo, servirlo y seguirlo en el Señor Jesucristo.

Nuestra vida fraterna quiere ser, pues, lugar de experiencia de Dios, «lugar de alumbramiento de la fe», lugar de oración y de la búsqueda del Señor.

Muchos son los servicios que nos sentimos llamados a prestar, pero ninguno tan urgente y tan principal como el de ser testigos del Dios vivo entre los hombres.

Con una fe sencilla cuanto profunda y en una vida de oración que consiste en « **tener el corazón y la mente vueltos siempre al Señor**» (cf. RnB 22, 25-26).

La identidad del hermano menor, expuesta en nuestras CC.GG., ha recogido este sello de Francisco y de Clara de Asís: somos seguidores de Jesús, en primer lugar porque nos asociamos a Él en la adoración y alabanza al Padre por medio del Espíritu.

De esta forma, **la vida** del hermano menor, **las fraternidades** todas de la Fraternidad que es la Orden, **son ámbito privilegiado de oración, contemplación, meditación; lugar también de búsqueda y encuentro de Dios, así como de celebración de cuanto Él hizo, hace y hará por todos nosotros.**

Nuestra vocación de fraternidad nos enfrenta así a una de las realidades que configuran la vocación del mismo Jesús, que oraba a su Padre Dios.

La oración de los hermanos: entre el ideal y la realidad

Llamados a vivir nuestra búsqueda y encuentro con el Señor en la oración de forma apasionada, como nos muestra la experiencia de Francisco de Asís –porque **el amor enamorado siempre toma forma de pasión y la oración es una forma de amor**–, reconocemos, no obstante, la distancia que media entre el ideal y la realidad, entre el amor que seduce y el amor domesticado, entre la vida de oración y la realidad de nuestra oración, tanto personal como comunitaria. En estos tiempos tan apasionantes caminamos, entre paradojas y ambigüedades pues si el camino trazado es claro, el recorrido muchas veces está resultando torpe en lo que a la vida de oración se refiere.

Es verdad que estos últimos años los hermanos y las fraternidades, han hecho un esfuerzo grande para adecuar su vida y actividad a una vida de oración verdaderamente significativa.

Para el hermano menor su sentido contemplativo y su llamada a vivir su vocación de forma tal que **«nada apague el espíritu de la santa oración y devoción, a cuyo servicio deben estar las demás cosas temporales»** (RB 5,2), es como un aguijón que no le permite vivir en paz hasta que ello sea realidad.

Pero reconocer los avances y los resultados en este campo (¿se pueden cuantificar y medir estos resultados tratándose de algo tan personal como la entrega amorosa al Señor Dios?), no puede hacernos olvidar que todavía quedan muchos problemas sin resolver en nuestras vidas. La problemática en este campo de la oración es abundante:

- hay quienes **han ahogado** todo espíritu de oración, sumergidos en un activismo desenfrenado;
- quienes se contentan **con «cumplir»** con el oficio divino, recitando todos los salmos, pero quizá sin que ello resulte una verdadera vida de oración;

- quienes **han apagado** todo impulso de búsqueda del «*rostro del Señor*» en la vida, en la historia, en la actividad;
- quienes **confunden** vida de oración con «rezos»;
- quienes **viven la oración como una actividad más** de la vida del hermano, en lugar de darle la centralidad e importancia que ella tiene;
- quienes **tienen dificultades para orar** con la oración oficial de la Iglesia, con «*los salmos*» y no han encontrado otra forma mejor y la han abandonado;
- quienes tienen una **imagen distorsionada del Dios de Jesús**, hasta no poder llamarle ni vivirlo como «*Padre*» y lo viven como juez, como rival de la autonomía de la vida;
- quienes por no cuidar una cierta calidad de vida vocacional, **han abandonado** toda práctica de oración y de los sacramentos...

Muchas son las dificultades con las que nos encontramos a diario al confrontarnos con el Dios que nos llama a vivir el seguimiento del Hijo, también como entrega de amor en la oración. Dificultades personales algunas, estructurales y ambientales otras...; el hecho es que pocos son los hermanos y las fraternidades que quedan relativamente satisfechos de su vida de oración.

Ha llegado el momento de **recomenzar**, de **volver a los grandes centros de nuestra llamada vocacional** y entre ellas, nuestra oración. Los hermanos, las fraternidades y la Provincia toda tienen futuro en la medida que seamos capaces de **ayudarnos los unos a los otros** a ser lo que siempre fue Francisco de Asís y debemos ser hoy cada uno de nosotros: hermanos creyentes y agradecidos de la «obra» de Dios.

Para la reflexión:

- ¿Qué lugar ocupa la oración en mi vida personal, y comunitaria?
- ¿Qué dificultades encuentro?

Textos:

- Lc. 6,43,46
- RB. 22, 25-26

Oración:

Omnipotente, eterno, justo y misericordioso Dios, danos a nosotros, miserables, hacer por ti mismo lo que sabemos que tú quieres, y siempre querer lo que te place, para que, interiormente purificados, interiormente iluminados y abrasados por el fuego del Espíritu Santo, podamos seguir las huellas (cf. 1 Pe 2,21) de tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo

[Cta0 50-51]